



LA NUEVA TIERRA

Porque también necesitamos
escuchar utopías

David Perezagua

LA NUEVA TIERRA
Porque también necesitamos
escuchar utopías



Primera edición: enero de 2024

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© David Perezagua

ISBN: 978-84-10082-68-7

ISBN digital: 978-84-10082-69-4

Depósito legal: M-2033-2024

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todas las personas que
me han ayudado a entender que,
a veces, está bien dejar
que el mundo te cambie a ti.*

PRÓLOGO

«Soy un *friki*»... fue una de las frases que David me dijo, el 18 de diciembre de 2012.

Acababa de comenzar Físicas con ilusión y empeño.

Ese día, tuve la suerte de conocer a un chico de 18 años, incipiente en su nueva juventud, con una mirada expectante, amplia, asustada, emocionada y, todo ello, recubierto de un maravilloso brillo en sus grandes ojos. Se desvelaba tímido, perdido, confluyente con las ideas de su alrededor y, al mismo tiempo, con una honestidad y un desparpajo increíbles afirmaba ser un *friki*.

Y, ahora, después de 11 años este es él. Lo importante de este cuento no es entenderlo, es que lo ha escrito en un momento de su vida en el que, una vez más, elige expresar y compartir su sentir. Cosa que, hoy en día, es muy valioso. Es difícil encontrar personas con ese nivel de conciencia de sí mismas y que, además, lo expresan y se la juegan. En las páginas siguientes, esto está descrito como *poner en alto, reconocer y compartir*.

Desde el correr de los tiempos, tenemos acceso en librerías y bibliotecas gran variedad de libros, ensayos, cuen-

tos, comics, etc., sobre sociedades utópicas. Siento que las líneas que nos ocupan, van más allá. Encontramos al autor.

Tras libros de Física publicados, de la mano de la ciencia. En este relato, desde la metáfora nos acerca al principio de realidad desarrollando múltiples temas, que bailan entre sí: control, conocimiento, comercio, jerarquía, intimidad, lo racional, respeto, apertura, límites, lo divino, liderazgo, amistad, soledad, lo material, rituales, presencia, lógica, trabajo, sociedad, compromiso, emocionalidad, silencio... Enmarcándolo en «hace falta poder entender, mientras permites que no todo sea razonado».

Es el aquí y ahora de este joven cuando lo escribió. El sentido de vivir consigo mismo, lo que le gusta, con lo que se pelea, con sus coherencias y contradicciones, y en las diferencias con los demás, así como en sus encuentros con ellos. Presencia y responsabilidad con la vivencia que le llevó a que viajáramos con él a *La Nueva Tierra*. En la que nos invita a preguntarnos, entre otras cuestiones, ¿qué estamos haciendo?... ¿Qué decisiones tomamos?... En definitiva, ¿para qué?

Y asume también que el aquí y ahora, no tiene que ser igual, ni parecerse, a lo que venga después.

Para mí, que me regala ser testigo de su crecer vital, personal, intelectual y emocional, este cuento es el reflejo de sí mismo. De su proceso de autoconocimiento: experiencia, vivencia y aprendizaje, en ese orden. Se conoce en sus polaridades, y se abraza en ellas.

Así es David. Y así, le quiero y le abrazo yo.

SONIA CASTRO

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
LA LLEGADA	15
LOS PRIMEROS INDICIOS.....	19
ENTONCES APARECIERON ELLOS.....	23
EL PUEBLO	27
LA PRIMERA CONVERSACIÓN.....	33
EN EL CENTRO DE LA CIUDAD	43
REFLEXIONES NOCTURNAS.....	49
LA MAÑANA DEL SEGUNDO DÍA.....	53
UN PASEO VESPERTINO	65
LA ÚLTIMA MAÑANA	77
LA DESPEDIDA.....	83
EL REENCUENTRO	
CON NUESTROS COMPAÑEROS	87
UNA ÚLTIMA EXPERIENCIA.....	89

El fin de nuestra fundación es el conocimiento
de las causas y movimientos secretos de las cosas,
así como la ampliación de los límites del imperio
humano para hacer posibles todas las cosas

FRANCIS BACON

La nueva Atlántida, 1626

LA LLEGADA

Llegamos allí agotados. El agua artificial, creada a partir de hidrógeno y oxígeno molecular, no sabía como la natural y, de hecho, los médicos no recomendaban beberla durante más de 45 días terrestres. Sin embargo, nuestro viaje había durado 47.

Aun así nos quedamos sorprendidos. Aquel planeta, situado en dirección a la constelación de Leo, se parecía mucho al nuestro. Ya de lejos, mientras nos acercábamos y preparábamos el aterrizaje, la gran cantidad de agua, las nubes y los 3 continentes y dos grandes islas que pudimos observar a simple vista —desde el confort de nuestra nave—, nos dieron una gran esperanza. No obstante, fue cuando pisamos por primera vez la tierra rojiza y húmeda de uno de los continentes cuando nos entraron los nervios.

A la distancia a la que estábamos era imposible comunicarse con la Tierra, por lo que nuestra misión consistía en analizar durante un mes la capacidad del planeta de albergar vidas humanas y regresar a la estación internacional, en el extremo de nuestro sistema solar, para hacer un

informe sobre la viabilidad de ocupar el planeta. Antes de dejar a la imaginación volar, me veo en la obligación de aclarar que la situación en la que estaba en ese momento el conjunto de la especie humana dista mucho de las películas y libros que se publicaron a finales del siglo XX y a principios del XXI. Con esto quiero decir que nuestra misión no era un intento *in extremis* de salvar a la humanidad y que, en ese sentido, no teníamos mucha presión ni prisa. Simplemente éramos otro equipo aterrizando en otro planeta que orbitaba alrededor de otra estrella.

En efecto, igual que el científico que investiga sobre la cura del cáncer para una farmacéutica o el agricultor que madruga para arar la tierra o el humanista que redacta reflexiones sobre la actualidad para un periódico, nosotros solo hacíamos nuestro trabajo, aunque es cierto que lo disfrutábamos mucho. Esto era debido a que nuestra misión no consistía simplemente en realizar unas medidas cuantitativas de ciertas variables del planeta, que también, si no que se nos pedía que estuviéramos abiertos a explorar el panorama cualitativo y a fijarnos en las sensaciones que nos provocaba habitar ese planeta. Y para nosotros, unas personas movidas por una genuina, transparente e ilusionante curiosidad mezclada con cierta responsabilidad, esperanza y deseo de rutina, aquello era el trabajo ideal, de esos en los que uno se realiza de verdad. En resumen, éramos un grupo de 12 personas, 6 mujeres y 6 hombres, con distintas formaciones e intereses que pretendíamos poder analizar y reflexionar, medir y sentir, descubrir y escuchar...

solo queríamos poder compartir la experiencia que viviéramos.

Tras el aterrizaje, los primeros análisis del aire fueron satisfactorios, por lo que nos quitamos las agobiantes bombas que llevábamos para dar unas primeras y gloriosas bocanadas que rápidamente inflaron nuestros pulmones, que de alguna manera agradecieron la llegada de esta frescura. Después usamos nuestros aparatos para intentar detectar agua y, guiados por ellos, llegamos a una pequeña charca por la que fluía el elixir de la vida. Esta vez fue la garganta la que se mostró complaciente. La presencia de pequeños animales que volaban, parecidos a nuestros mosquitos, nos resultó excitante porque significaba la existencia de seres vivos, pero por otro lado nos entró miedo de quitarnos los trajes por si nos picaban y hacían enfermar. Para terminar el primer día montamos un pequeño campamento cerca de la nave para protegernos de la posibilidad de viento y lluvia y nos fuimos a dormir.

Sorprendidos de lo similar que era aquel planeta al nuestro decidimos llamarlo Nueva Tierra.

LOS PRIMEROS INDICIOS

A la mañana siguiente iniciamos el protocolo establecido en la misión y realizamos una primera reunión para planificar la investigación que pretendíamos realizar en los siguientes días. Una cosa que facilitó enormemente la organización del equipo fue que el día del planeta era muy similar en tiempo al nuestro, algo que nuestro sueño también agradeció. En concreto tenía una duración de 22,5 horas y, al haber aterrizado cerca del ecuador, disponíamos de luz la mitad del tiempo.

Así, esa misma tarde comenzamos a trabajar por turnos divididos en parejas y especialidades. Algunos fuimos en busca de especies vegetales. Otros buscamos y analizamos a los animales. Parte de nuestro grupo se encargaba de analizar la composición de la tierra del lugar y otra de estudiar la existencia de signos de civilizaciones pasadas. Finalmente dos de nosotros teníamos el encargo de intentar encontrar vida inteligente y entrar en contacto con ella.

Estos últimos fueron los que volvieron de las primeras incursiones más decepcionados, puesto que aquel pla-

neta no parecía estar habitado por seres conscientes, a pesar de las excelentes condiciones. Sin embargo, el resto de equipos estaban muy contentos. Algunos descubrieron un suelo con una composición apta para la vida y, de hecho, lleno de ella. Otros encontraron diversos animales, pero se sorprendieron de que ninguno de ellos volara, más allá de los mosquitos. Otros descubrieron que las plantas no eran especialmente altas, pero que había una variedad sorprendente de ellas. Y todos nos extrañamos de que allí no hubiera vida inteligente, pero simplemente dejamos pasar ese fugaz pensamiento porque era lo que solía ocurrir en todos los planetas que se visitaban.

Como decía anteriormente, el objetivo de nuestra misión era tomar datos precisos, pero se nos había insistido mucho en que nos fijáramos en las sensaciones que nos provocaba vivir allí, y la realidad era que nos sentíamos como en casa: la temperatura, los colores, los olores, la rapidez del viento, la humedad ambiente, las sombras de los árboles, la inclinación de las rocas, las secas llanuras y las altas montañas... Como luego compartiríamos, en algún momento a todos se nos pasó por la cabeza la posibilidad de comenzar una civilización a partir de la representación humana que éramos. Y eso eran buenas señales.

Los días fueron pasando y mientras seguíamos inmersos en la rutina de nuestras labores, la excitación inicial comenzó a convertirse en una sensación extraña, mezcla del peso de la responsabilidad y el orgullo del descubrimiento: ¿seríamos nosotros los doce elegidos, aquellos

que volveríamos a nuestras casas diciendo que la vida en otro planeta era posible? Por supuesto, este sentimiento venía acompañado de una falta de preocupación y aumento de la tranquilidad por los peligros del planeta, que parecían no existir. ¡Hasta nos llegó a picar uno de los mosquitos sin que ocurriera nada malo!

Fue entonces, el día quince, a mitad de nuestra estancia, cuando ya nos encontrábamos completamente relajados y metidos en nuestra rutina «laboral», cuando dos de los nuestros llegaron al campamento corriendo con la cara completamente desencajada. Al parecer habían encontrado en lo alto de un pequeño montículo un edificio en cuyo interior se encontraban los restos de un fuego que aún seguía caliente.

Aquella noche ninguno pegó ojo.